

## NAUSÍCAA Y CALIPSO (LA ODISEA EN LA ODISEA)

Miguel Castillo Didier  
Universidad de Chile

**Resumen:** El autor examina el perfil de Nausicaa y de Calipso en Homero y en la *Odisea* de Kazantzakis. Nausícaa es el personaje femenino más puro de la obra homérica y conserva ese carácter en el poema kazantzakiano, aunque con un matiz distinto, puesto que no la vemos en acción, sino sólo cuando viene a Itaca a casarse con Telémaco. La insinuación, que puede desprenderse de la *Odisea* homérica de que Nausícaa sintió un principio de amor por Odiseo, no existe en Kazantzakis. Para el Odiseo del poeta cretense, la visión de la hermosa y pura joven y la posibilidad de formar con ella un nuevo hogar en una tierra feliz, constituyó una de las tres grandes tentaciones que sufrió en su largo retorno a su isla. La venció y pensó e la princesa como esposa ideal para su hijo. De este modo, Kazantzakis acoge una de las suposiciones de los mitógrafos antiguos. Calipso, la figura femenina más misteriosa en Homero, conserva en el poema moderno su simbología esencial: representa la tentación de obtener la inmortalidad, es decir la superación de la condición humana. Odiseo, en un poema como en el otro, rechaza esa tentación y reafirma su voluntad de continuar siendo sólo un ser humano. Pero en la obra moderna, no hay intervención de dioses para obtener la salida de Ulises de Ogigia. El marino, que ha olvidado ya el mundo humano, a la vista de un madero que arroja el mar, reconocer en él un remo y su memoria se despierta. Construye una balsa y se hace a la mar, mientras oye el canto de la diosa que, precisamente ahora, ha comenzado a sentirse humana.

**Palabras claves:** Kazantzakis, Nausícaa, Calipso, Odiseo, tentación, victoria.

### NAUSICAA AND CALYPSO.(THE ODYSSEY IN THE ODYSSEY)

**Abstract:** The author analyzes the characters of Nausicaa and Calypso in Homer and in Kazantzakis' *Odyssey*. Nausicaa is the purest female character in the work of Homer, keeping that feature in Kazantzakis' poem, although with a slight difference, because she does not appear acting, except when she comes to Ithaca to marry Telemachus. The insinuation, which can be gathered from Homer's *Odyssey*, that Nausicaa might have begun to love Odysseus, does not exist in Kazantzakis. To the Odysseus of the Cretan poet, the vision of a beautiful and pure young woman and the possibility of building a new home in a happy land constitutes one of the three temptations he suffered during his long journey home. He overcame it and thought of

## Miguel Castillo Didier, Nausícaa y Calipso (la Odisea en la Odisea)

the princess as an ideal wife for his son. So Kazantzakis accepts one of the suppositions of ancient mythographers. Calypso, the most mysterious female figure in Homer, keeps in the modern poem her essential symbology: she represents the temptation of attaining immortality, that is to say, to overcome the human condition. In both poems Odysseus rejects that temptation and reaffirms his will to be only a human being. However, in the modern work there is no intervention of the gods to achieve Odysseus' exit from Ogygia. The sailor, who has already forgotten the human world, seeing a piece of wood carried by the sea, recognizes in it an oar and his memory awakens. He builds a raft and starts sailing while listening the goddess' song, who, just then, begins to feel human.

**Keys words:** Kazantzakis, Nausicaa, Calypso, Odysseus, temptation, victory.

**Recibido:** 20 de diciembre de 2004 - **Aceptado:** 23 de marzo de 2005.

<b>Correspondencia:</b> Miguel Castillo Didier ( <a href="mailto:micastil@uchile.cl">micastil@uchile.cl</a> ) Tel.(56-2) 2392292.-5569777
---

### La dulce Nausícaa

Entre los personajes femeninos que inmortalizó Homero, Nausícaa ocupa un lugar especial. Es la mujer más dulce; es la joven pura y bella. También es entre esos personajes uno de los que menos ecos literarios han tenido. Quizás sólo podemos recordar la *Nausícaa* de Goethe y la de Joan Maragall. Debe haber otras obras, acaso poco conocidas u olvidadas.

La dulce y hermosa joven pudo representar la más pura y bella tentación para desviar a Odiseo de su camino hacia Itaca. Hay en Homero una cierta tenue insinuación de que así pudo haber sido. Para el Ulises de Kazantzakis, en cambio, el encuentro con la dulce princesa de los feacios constituirá precisamente la tercera gran tentación, a pesar de que en la nueva *Odisea* ella ni piensa ni desea nada que pudiera ser distracción u obstáculo en la ruta del marino errante. Ni siquiera la escuchamos hablar en su isla feliz.

Los calificativos con que la adorna Homero dan cuenta de la belleza y la pureza de la joven Nausícaa: “la de peplo gentil”, “la de hermoso peplo” (VI, 49) *ευέπεπλος* *euépeplos*, “la de cándidos brazos” (VI, 101, 186, 251 y VII, 12) *λευκόλενος* *leukólenos*, “la intacta doncella” (VI, 228)

αδμής parthenos admés, “la hermosa niña” (VI, 142) εὐόπιδα κούρην εὐόπιδα kouren, “la hermosa por el don de las gracias” (VI, 18) χαρίτων ἀπό κάλλος έχουσα chariton ápo kallos échousa, “la hermosa por el don de los dioses (VIII, 457) θεῶν ἀπό κάλλος έχουσα theón ápo kallos échousa, “la buena muchacha” (VII,303) ἀμύμονα κούρην ἀμύμονα kouren.

Su belleza deslumbra a Odiseo, cuando éste despierta en la costa de Esqueria y, desnudo y maltratado por el mar, se atreve a presentarse ante ella, cubriendo su sexo con ramas, para pedirle alguna vestimenta. La belleza que tiene ante sus ojos es tal, que le pregunta si es una mortal o una divinidad, y desde ya, declara venturoso a sus padres y hermanos, si es que es ella un ser humano. E igualmente venturoso sería quien mereciera desposarla.

¡Yo te imploro, oh princesa! ¿Eres diosa o mortal? Si eres una de las diosas que habitan el cielo anchuroso, Artemisa te creería, la nacida del máximo Zeus: son de ella tu belleza, tu talla, tu porte gentil. Mas si eres una de las muchas mortales que pueblan la tierra, venturosos tres veces tu padre y tu madre, tres veces venturosos también tus hermanos [...] Pero aquel venturoso ante todos con mucho en su pecho que te lleve a su hogar vencedor con sus dones nupciales<sup>1</sup>.

Al pedirle alguna tela con qué cubrir su desnudez, Ulises le desea que tenga un esposo. La mira con ojos de padre, lo que, como veremos, también sucede en cierto modo en la nueva *Odisea*.

Y los dioses te den todo aquello que ansíes, un esposo, un hogar, favorézcante en él con la buena concordia.

Más adelante, Odiseo va a llamar “hija” a la hermosa Nausícaa y declarará que le debe la vida.

La princesa y su padre, admirados de la apostura de Odiseo (que ha sido embellecido por Atenea<sup>2</sup>), piensan que sería un buen esposo. Seguramente estos pasajes de la *Odisea* sugirieron a Goethe la idea de una

---

<sup>1</sup> Homero: *Odisea*, VI, 149-155 y 157-158.

<sup>2</sup> Ibídem, VI, 229-231.

## Miguel Castillo Didier, Nausícaa y Calipso (la Odisea en la Odisea)

Nausícaa trágica, enamorada de Ulises, la cual al no verse correspondida se quita la vida, internándose en el mar<sup>3</sup>. En Sicilia, Goethe cree, con su época, estar transitando por los caminos de Ulises. La vegetación en los jardines de Palermo le parece maravillosa y le recuerda el jardín del rey Antínoo, trayendo a su mente uno de los pasajes de la Odisea más admirados por él: “Pero ese mágico jardín había hecho profunda impresión en mí. Las olas en todo el norte del horizonte eran tan oscuras, que parecían casi negras; su persistente avance sobre la dentada costa; el olor peculiar del mar en su neblina; todo esto me trajo la isla de los bienaventurados feacios a mi memoria y a mis sentidos. Inmediatamente me fui a comprar un ejemplar de Homero”. Comentando estas líneas, dice David Constantine: “La veracidad y la belleza de la *Odisea* se le revelaron con una nueva intensidad en los lugares en donde, según él lo creía, estaba ubicado el poema”<sup>4</sup>.

El poeta alemán llegó a escribir el argumento de lo que sería su tragedia en cinco actos, pero sólo alcanzó a dar forma a 156 versos del primer acto. El 22 de octubre de 1786, escribía: “Desde ahora he ideado ya el plan de una tragedia que habrá de titularse *Ulises en el país de los feacios*”<sup>5</sup>. Pocos meses después, la futura obra lleva el nombre de la hija de Alcínoo. Así anota en su *Diario* el 7 de mayo de 1787: “Estoy, pues, sentado, meditando el plan de mi *Nausícaa*, una concentración dramática de la *Odisea*. No la tengo por imposible [...]”. Y detalla a continuación el argumento<sup>6</sup>. En 1817, treinta años después, el poeta se lamentaba por no haber perseverado y llevado a término esa obra, pues siendo su tema “patético e impresionante”, “de haberlo seguido yo, como hice en *Ifigenia* [...], hasta lo más sutil de sus fibras, seguro que habría obtenido efectos perdurables”<sup>7</sup>.

La idea del poeta surgió, como anotábamos, de los pasajes homéricos que hemos recordado y de los que siguen, si acompañamos a Odiseo en su llegada a la isla de los feacios.

---

<sup>3</sup> Comentario y texto de los versos que alcanzó a escribir el poeta en R. Cansinos Assens: “Nausícaa Idea general de la obra”, en Goethe: *Obras Completas*, traducción, recopilación, prólogos y notas E. Cansinos A., Aguilar Ed., Madrid, 1968, vol. III, p. 1797 y sig.

<sup>4</sup> D. Constantine: *Los primeros viajeros a Grecia y el ideal helénico*, traducción Mercedes Pizarro, F. C. E., México, 1989, p. 210.

<sup>5</sup> Goethe: *Autobiografía Viajes italianos*, en *Obras Completas*, ed. cit., p. 1744.

<sup>6</sup> Goethe: *Autobiografía Viajes italianos*, en *Obras Completas*, ed. cit., pp. 1744-1745.

<sup>7</sup> Cit. por R. Cansinos Assens en “Nausícaa Idea general de la obra”, en Goethe: *Obras Completas*, ed. cit., vol. III, p. 1797.

Nausícaa, deslumbrada por la apariencia, mejorada, del viajero, dice a sus siervas que debe tratarse de un dios y a tal deidad quisiera que su esposo fuera parecido:

Mas paréceme ahora  
algún dios de entre aquellos que ocupan la anchura del cielo.  
¡Ojalá que así fuera el varón a quien llame mi esposo,  
que viniendo al país le agradase quedarse por siempre!<sup>8</sup>

Al dar instrucciones a Odiseo acerca del camino hacia el palacio de su padre, la princesa dice que quiere evitar las hablillas, pues algunos súbditos son atrevidos y hasta quizás uno más ruin dijera:

¿Quién es ese extranjero tan alto y hermoso que sigue  
a Nausícaa y en dónde le halló? ¿Por ventura su esposo  
/ vendrá a ser?<sup>9</sup>

Alcínoo, por su parte, ve en el peregrino Ulises al hombre que desearía por esposo de su hija y expresa abiertamente tal deseo, ofreciendo al marino un futuro:

Y ojalá, ¡oh padre Zeus, Atena y Apolo!, que siendo  
tal cual eres y acorde también tu sentir con el mío,  
a mi hija tomases de esposa y con nombre de yerno  
a mi lado quedaras: daríate una casa y hacienda,  
si ello fuera tu gusto<sup>10</sup>.

¿Hubo un principio de enamoramiento de parte de Nausícaa? Tanto Alcínoo, como su esposa Areté y como su hija mostraron gran admiración al viajero y lo trataron con afecto. Pero quizás esto respondía a la manera de ser de ese pueblo “bienaventurado”, de esa gente pacífica y feliz.

El pasaje más sugestivo es aquél en que al salir del baño - el primero desde que dejó la mansión de Calipso -, es observado “con los ojos bien fijos” por Nausícaa, quien le pide que no la olvide cuando llegue a su tierra, pues a ella debe su rescate:

---

<sup>8</sup> Homero: *Odisea*, VI, 241-245.

<sup>9</sup> *Ibidem*, VI, 276-278.

<sup>10</sup> *Ibidem*, VII, 311-315).

## Miguel Castillo Didier, Nausícaa y Calipso (la Odisea en la Odisea)

Tras el baño las siervas lo ungieron de aceite,  
la ciñeron la túnica en torno, el espléndido manto,  
y salió para unirse a los hombres que estaban bebiendo  
en la mesa. Nausícaa, la hermosa por don de los dioses,  
apostada en la puerta del rico salón admiraba  
con los ojos bien fijos a Ulises y al cabo, dejando  
que escapase su voz, dirigióle palabras aladas:  
“Ve extranjero, con bien: cuando estés en los campos paternos  
no te olvides de mí, pues primero que a nadie me debes  
tu rescate”. Y Ulises, el rico en ingenios, repuso:  
“¡Oh Nausícaa, nacida de Alcínoo el magnánimo! Zeus,  
el tonante esposo de Hera, me cumpla ese voto  
y que, vuelto a mi hogar, goce yo de la luz del regreso.  
Cada día en mi casa te habré de invocar como a diosa  
y por siempre jamás, que tú, hija, me diste la vida”<sup>11</sup>.

Parece haber una queja escondida en las palabras de la joven princesa y acaso también una intención escondida en el tratamiento de “hija”, koure, niña, pero también hija, con que le responde Odiseo.

Una impresión de belleza luminosa, de pureza diáfana, deja la imagen de Nausícaa. Y así, Oscar Gerardo Ramos en su poema puede compararla con la luz griega precisamente:

La luz de Grecia se mira con los ojos; se siente con el cuerpo  
como una ternura virgen, como las palabras de Nausícaa  
que en la isla de Esqueria caían sobre el pecho  
/ del atormentado viajero,  
ansioso de tornar a la comarca amada.

Cuando, en el poema de Ramos, que es una meditación del Odiseo anciano, éste recuerda la isla de los feacios, compara esa tierra de bienaventuranza, donde regía la fraternal justicia, y que él entrevió en sueños, con la tierna cintura de Nausícaa en su alboral presencia de rosa:

Vi en mi jornada última, tras el naufragio último,  
esa dorada isla de Esqueria que regía

---

<sup>11</sup> *Ibidem*, VIII, 453-468.

la fraternal justicia. La entreví con mis sueños.  
La vi con estos ojos que ataron tempestades:  
era como la tierna cintura de Nausícaa  
en su alboral presencia de rosa; allí, sin prisas,  
hubiera apaciguado mis músculos guerreros  
y en la paz de sus valles hubiera reclinado  
este pecho que broncos huracanes templaron,  
pero surgió de nuevo la nostalgia furente  
de tierra, esposa, hijo. Ya Esqueria es un pasado<sup>12</sup>.

Otro poeta ha expresado con frases y palabras patéticas la imaginada tragedia de Nausícaa, enamorada de Odiseo, marchitándose sola, desterrada en su tierra. La joven apostrofa primero a Ulises, el “ignorador” de su amor; a Penélope, la tejedora, la “rehiladora”, a quien dice que el héroe es suyo, aunque sus ojos la hayan ignorado, y que la ha llevado consigo:

Yo era Nausícaa, hija de rey: yo era.  
Desterrada  
soy en mi propia tierra, y de mí misma  
fugitiva por siempre.  
[...] Así me multiplico  
y crezco en ojos para que me hieras,  
¡oh ignorador, oh de retorno, oh nunca puerto!  
y cada una es yo, Nausícaa infinita,  
toda llaga pidiendo sólo nada,  
aun más ardiente cuanto más lejana[...].

¡Oh tú, envidiada,  
afortunada, acaso, innumerable  
esposa del aun más innumerable  
héroe! Tú la que sabes  
todo lo de él, menos Nausícaa,  
¡oh rehiladora, dueña constante: es mío!  
Inútil que te tejas y destejas  
ante sus ojos que me ignoran: lleva  
mis palmas en su pecho, lleva a Nausícaa consigo<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> O. G. Ramos: *La Odisea Un itinerario humano*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1970, p. 105.

## Miguel Castillo Didier, Nausícaa y Calipso (la Odisea en la Odisea)

Giovanni Quessep ha imaginado un Odiseo triste en su Itaca, antes tan anhelada, desencantado, añorando los días felices que pasó en la isla de los hombres bienaventurados y pacíficos. Ahora vive en la tierra ansiada, pero todo ha cambiado:

Los pinos de la isla eran tan bellos,  
y yo no tengo cerca ni su sombra.  
Itaca fue un jardín, y hoy sólo escucho  
cantar a las serpientes; ramas duras,  
endrinos y no almendros, y la piedra  
donde alguien escribió que todo es vano.

Su peripecias no terminaron con el viaje desde el país de los feacios a su isla, aquella travesía suave, hecha en brazos del sueño, en el poema homérico. Por eso dice en una carta imaginaria:

Si supieras, Nausica, cómo ha sido  
mi vida desde entonces: nada grata  
para quien vio la flor de los granados  
y la esparció en su lecho y su memoria  
mientras cantaba el ciego al que ofrecieron  
una silla de cedro y una fábula.

Tú me guiaste a la ciudad, desnudo,  
sólo cubierto por el mar de arena  
y por hojas de luz de su hondo prado  
para contar mi gloria, mi infortunio.  
Te seguí, como dios que me creía,  
soñando con mi isla venturosa [...]

Lleva ahora una vida amarga; quizás está viejo y solo; acaso se está incapacitando; y sólo puede pensar en Nausícaa en momentos de abatimiento:

Vivo en un reino milenario, es cierto,  
sólo un mar de jazmines me rodea.

---

<sup>13</sup> Daniel Devoto: “Fábula de Nausícaa infinita”, en Pedro Lastra / Rigas Kappatos: Presencia de Grecia en la poesía hispanoamericana, pp. 165-166. (Daniel Devoto: poeta argentino, 1916-2003.)

Salgo a los bosques cuando el cielo teje  
la medianoche, solo y en silencio  
con mi vida: el destino no me deja  
lanzar mi flecha como yo quisiera  
al corazón del jabalí y la luna:  
nunca doy en el blanco, y sólo puedo  
pensar en ti, Nausíca.<sup>14</sup>

En la *Odisea* de Kazantzakis, también como en Homero, Ulises relata sus peripecias. Pero lo hace en forma muy sucinta y no ante el rey del país de los feacios, sino ante su esposa, su hijo y su padre, a los pocos días de haber consumado la matanza de los pretendientes, la que se supone recién terminada precisamente al comenzar el primer verso del poema. En menos de 400 versos, del 37 al 429, de la segunda rapsodia, se extiende su narración. Muy breve es la mención del asedio de Troya. Un poco más extensamente, Odiseo habla de la animadversión de una deidad. Y luego el relato se centra en las tres grandes tentaciones, equivalentes a la muerte, pues de haber cedido ante alguna de ellas, nunca habría retornado a Itaca. En un caso, por haber pasado a ser inmortal, junto a Calipso. En otro, por haber descendido a la animalidad, por obra de Circe. La última tentación consistió en la posibilidad de haberse quedado en la isla feliz de Esqueria, como esposo de la bella y pura Nausícaa, en paz y alejado de cualquier penuria. Al llegar, náufrago, golpeado por las desgracias y por las olas, sin ningún compañero ya, a las costas de Esqueria, surgió para él la visión arrobadora de esa hermosísima doncella:

Como una virgen se vistió la muerte, retoño de alta stirpe,  
y se instaló en la playa, con mansedumbre sonriendo  
/ al navegante.  
Regocíjase el sufrido corazón en el hermoso cuerpo mortal,  
oliendo la tibieza sagrada y humilde del humano.  
Ni una divina cumbre siempre cristalina, ni un incendio  
/ sin rayos  
todo humo y hambre en las entrañas de la bestia:  
admiraba al hombre que sobre la tierra se yergue  
/ y me alegraba  
de reflejarme por entero en sus serenos ojos negros.

---

<sup>14</sup> Giovanni Quessep: “Carta imaginaria (de Ulises a Nausícaa), en Pedro Lastra / Rigas Kappatos, *Op. cit.*, pp. 232-234. (Giovanni Quessep: poeta colombiano, n. 1939.)

## Miguel Castillo Didier, Nausícaa y Calipso (la Odisea en la Odisea)

No me alzaba en el éter vacío; no me arrojaba al Hades;  
en esta tierra tibia y florecida con ella me paseaba.  
Mi cuerpo reanimado me susurra con dulzura  
“¡Dichoso el digno varón que con ella como esposo dormirá!  
Ésta es, sufrido vagabundo, la Sirena más dulce y te hace  
/ señas;  
¡mira, sus senos sagrados ansían amamantar humanos!  
Construir un hogar, oh dios, desarmar el navío,  
el mástil se haga viga y un lecho su carena,  
la vieja proa, combatiente-de-mares, honda cuna  
/ para el hijo”<sup>15</sup>.

Como en el verso homérico, aquí también Odiseo envidia al varón que será esposa de tan hermosa doncella. La tentación de un dulce hogar parece más explícita. La tentación es intensa: quedarse con ella; dejar ya el duro navegar, hostilizado por la deidad; gozar la dulzura de un nuevo hijo. Pero reacciona el marino y triunfa de ella. Y piensa que la bella joven podría ser la esposa del hijo que lo espera en Itaca. Aquí Kazantzakis acoge una de las afirmaciones de mitógrafos antiguos acerca de la vida de Telémaco<sup>16</sup>.

Pero otra vez se endureció mi corazón; todas las cosas  
/ sin error pesé  
en mi entrecejo justiciero y se alzó el correcto pensamiento:  
“Cuando con suerte un día pueda echar anclas en la tierra mía,  
una alta galera polirreme he de aparejar, nupcial navío,  
con trigo, vino y miel fragante para que venga a adquirir  
este soleado nidal para mi único hijo”.  
Nunca segó tan de raíz una victoria mis entrañas<sup>17</sup>.

Aunque pensadas en relación con el texto de Homero y sin que su fundamento en este texto sea tan claro, las palabras siguientes valen para la realidad poética de Kazantzakis: “Nausícaa es la última tentación de Odiseo antes de arribar a la patria tierra: la más difícil de todas las tentaciones, porque

---

<sup>15</sup> N. Kazantzakis: *Odisea*, II, 405-421.

<sup>16</sup> Pierre Grimal: Diccionario de mitología griega y romana, Prefacio Charles Picard, Prólogo español Pedro Pericay, Traducción Francisco Payarols, Ed. Paidós, 1ª reimpr., Barcelona, 1982, pp. 498-499.

<sup>17</sup> *Ibidem*, II, 426-428.

para el héroe macerado por los peligros y ya en la plenitud de la madurez, Nausícaa entraña, con su candor, fineza y alegría, el ansia de recomenzar la vida. Bien podría unir su experiencia de varón a la espontaneidad de tan luminosa doncella”<sup>18</sup>.

Precisamente con las palabras finales de los versos recién citados termina el relato de Odiseo. La narración escandaliza al hijo y hace llorar a Penélope. La desilusión de ambos coincide con la que el propio Ulises está experimentando, al sentir cada vez más estrecho y asfixiante el hogar, al que por tantos años anhelo volver. La idea de volver a partir se afirma en Odiseo y pronto comenzará a prepararla. Pero antes de dejar otra vez y para siempre su isla, cumple dos deberes: enterrar a su padre y casar a su hijo Telémaco. Luego de cumplir los ritos funerarios debidos al anciano Laertes, da órdenes para que parta un navío a buscar a Nausícaa, como novia para su hijo. Aquí Kazantzakis acoge posiblemente uno de los destinos que los mitógrafos habían imaginado para Telémaco: se habría casado con Nausícaa y de esa unión habría nacido Persépolis o Ptoliporto<sup>19</sup>.

Y en ese mismo anochecer, nuestro huérfano ordena aparejar  
un hondo navío con velas escarlatas y que lo carguen con trigo  
y con crateras de greda con vino soleado y miel cobriza,  
y que pongan en la proa, a modo de mascarón,  
a la deidad de las bodas, con la granada misteriosa,  
/ de-mil-simientes, en sus manos.

Y a dos primeros ancianos y al brillante bardo llama:  
¡Oh venerables testas de mi palacio, os envío  
/ cual portadores-de-dote  
a la isla frondosa del norte, con sus profundos jardines!  
Con hojas de vid en las cabezas, con vuestros altos báculos,  
subid al rico alcázar, trasponed los portales  
e inclinaos ante el anciano jefe y dadle los buenos días:  
Nos envía en hora feliz el rey,  
/ el gran-combatiente-de-ciudades;  
un velero traemos con la dote, trigo, vino, miel.  
Decidido está el hijo de nuestro señor,  
/ con tu venia, ¡oh padre!  
a hacer su pareja a tu hija, crecida-entre-perfumes.

---

<sup>18</sup> O. G. Ramos, *Op. cit.*, p. 103.

<sup>19</sup> P. Grimal, *Op. cit.*, loc. cit..

## Miguel Castillo Didier, Nausícaa y Calipso (la Odisea en la Odisea)

Pues la vio una hermosa mañana jugar en la ribera del mar  
mi señor, y anhela que a su casa vaya y le dé nietos<sup>20</sup>.

Al partir el barco, Odiseo siente convivir tres momentos de la vida humana y tiembla, pues quizás vacila ante la decisión que ya ha tomado de dejarlo todo para siempre:

Y mientras, erguido en la ribera observaba  
/ el varón-de-aliento-de-fiera  
alejarse el navío, y enseguida el buen noto hinchó  
/ las velas encarnadas.

Veía el cuerpo virgen de su hijo correr delante por novia  
y atrás sentía deshacerse los restos de su padre.  
Y él estaba en el medio, novio y muerto, y temblaba,  
y le pareció la vida sólo un breve relámpago<sup>21</sup>.

La llegada del barco con Nausícaa coincide también con un momento en que Odiseo piensa intensamente en su partida:

Más allá, por la costa, bien trabado en los andamios,  
su velero crujía anhelando partir; marcharse también  
/ el alma suya  
dejando el andamiaje de la patria, la mujer, el hijo.  
Siempre erguido, sus dos ojos sobre el barco nupcial arrojó  
/ con energía,  
para atraerlo diríase, a fin de que llegue pronto y termine  
/ la amargura<sup>22</sup>.

Sigue un largo pasaje, desde el verso 1161 hasta el 1284, desde que comienza a atracar el navío hasta el término de la ceremonia nupcial. Kazantzakis introduce elementos antiguos y nuevos, símbolos, prácticas y versos procedentes de la poesía popular neogriega. Vemos a Telémaco, Penélope y a Nausícaa cumpliendo las ceremonias. Nausícaa es nombrada como “la novia”, *i nifi η νυφη*, y “la virgen” *i parthenos η παρθένος*; la

---

<sup>20</sup> *Ibíd.*, II, 599-615.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, 619-624.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, II, 1152-1157.

vemos tímida, temblorosa, púdica. Su hermosura es destacada con bellas imágenes:

Y de improviso apareció en la proa, resplandeciente como  
/ un candelabro.  
la esposa misma, mirando trémula y con timidez aquella  
/ su nueva patria.

Y poco después, cuando la joven pone pie en la tierra de la isla, el elogio es más extenso:

Pisó con levedad la novia el suelo y todo el mundo fulguró:  
el sol-y-luna tenía en el pecho; sus labios amanecían;  
y eran hondos puertos abrigados sus ojos apacibles<sup>23</sup>.

Aparte de los versos de los cantos que entona la gente, no escuchamos palabras de los personajes, salvo aquellas con que Penélope acoge a la esposa de su hijo, la que será un consuelo en la soledad que le espera; y aquellas que Nausícaa dirige al antepasado, al genio familiar ante el pozo del palacio.

Se abren las puertas de bronce de la fortaleza y se vio  
el gran cuerpo cantado de la suegra con los brazos abiertos:  
¡Novia mía - musita -, mi señora novia, mil veces  
/ en buen hora nos llegaste,  
con las coronas en la frente y con el hijo en el seno;  
en la sonrisa del nieto otra vez cual golondrina trinará  
/ el hogar!

El espíritu de Odiseo siente a cada instante mayor su desarraigo de la casa paterna y de la isla, mientras sigue las ceremonias con que la joven novia toma posesión de su nuevo hogar. Ella debe invocar al genio de la familia:

Avanza en tanto la esposa con suavidad por los patios  
y se inclina ante el pozo de la casa para tres-veces-venerarlo.  
Doblada, ve con temor flotar en el agua su semblante  
e invoca tres veces al genio familiar y lo saluda:  
¡Te venero y te saludo, abuelo, mil veces enhorabuena  
/ te encontré!  
Se oyó el mugido de la fuente y el ruido del abuelo;

---

<sup>23</sup> *Ibíd.*, II, 1201-1203.

## Miguel Castillo Didier, Nausícaa y Calipso (la Odisea en la Odisea)

se levantó la novia y llena de alegría refrescó su garganta,  
y el espíritu bajó en la forma de agua a sus huesos livianos.

Al terminar la ceremonia nupcial, sigue el gran convite que Odiseo ha hecho en homenaje a la felicidad de su hijo. Allí “cumple la novia su papel de novia”. Y perdemos de vista a Nausícaa para siempre. Ulises la mencionará como “tu pareja” poco después, cuando descubra a Telémaco envuelto en una conspiración en contra suya y lo amoneste:

¡Eh hijo de Penélope! - gritó y su cuello se ahogaba;  
y el mozo al punto se detuvo y temblábale el mentón.  
¡Deja las armas y vuelve a tomar a tu pareja;  
es hora de subir al tálamo nupcial y dormir juntos;  
no deseo que se manchen con sangre las coronas de la boda!<sup>24</sup>

Sólo dos veces, en la inmensidad del poema, se mencionará a Nausícaa, como “la reina”, en una de las visiones de su isla natal que allá en la lejanía de sus peripecias en África tenga Odiseo, y como “la madre” en otra ocasión en que el poeta intercala unos versos que trasladan brevemente al lector a Itaca. Después de enterrar a un anciano, en la ciudad que ha construido en la profundidad del continente negro, en unos momentos de meditación sobre la muerte, Ulises tiene una visión de su isla:

Y a lo lejos en unas costas lejanas, en una altas colinas,  
un dulce sol entibiaba la tierra y alumbraba a los gusanos.  
Y a la sombra de un joven olivo, en la tumba del abuelo  
que el arquero bien hondo plantó para que absorba a su padre,  
un muchachito risueño y rollizo en el suelo dormía.  
Un húmedo viento otoñal soplabla sobre sus rizos  
y sonreían en el sueño sus labios robustos;  
y la reina, su joven madre, con su fuerte marido  
se acercan quedamente y admiraban ufanos a su preferido.  
Y éste sueña que anda cazando, se lanza sobre mariposas,  
salta, cruza entre saldorijas pero tropezó en una manzana,  
y de dentro de la fruta apareció el abuelo y sostenía en el puño  
un navío pequeño con velas desplegadas, y le sonreía.  
¡Abuelo! - grita el niño, ríe y abre los ojos.

---

<sup>24</sup> *Ibidem*, II, 1381-1385.

Y en su regazo lo cogió la madre con temor y lo estrechó,  
y el rey se inclinó anhelante a las pupilas de su hijo,  
para exorcizar la gran sombra que lo cubría.  
No fuera a ser el terrible abuelo que pasó entre su sueño,  
con su veloz y esbelto bajel para raptar a su nieto.  
¡Cómo guardar ya a su preferido, qué centinela `ponerle,  
no aparezca el arquero de repente y se lo robe!  
Atemorizóse de este modo el joven, mas nada dijo para que  
/ su amada no se amargue<sup>25</sup>.

Mientras Odiseo juega, haciendo pozos y fabricando efímeras  
construcciones en la arena del desierto africano, el poeta, repentinamente nos  
traslada a la lejana isla natal del peregrino:

Y jugando abre pozos en el arenal,  
construye casas y torres elevadas y murallas de polvo,  
pone por deidad un escarabajo muerto, brota un hormiguero;  
llénanse de ir-y-venir las callejuelas y de movimiento.  
“¡Ojú, se diría que niño otra vez me volví y juego con tierra!”  
piensa el viejo espíritu-de-alas-blancas, sonriendo furtivo,  
y extiende de improviso su planta y desparrama el castillo.  
Y a lo lejos, en la vastísima orilla pareja, al final de la ribera,  
camina un niño rollizo, tropezando;  
lleva un higo en la mano derecha y se inclina a ese lado:  
su madre se ríe y otra fruta le coloca en la siniestra  
/ a fin de equilibrarlo.

Y el padre – allí está – sale risueño al portal,  
golpea las palmas suavemente; el pequeño se vuelve,  
ríe su rostro como un sol y las manos extiende.  
Lanza un grito Telémaco y se lanza a tomarlo;  
también precipítase la madre y los dos cogen al hijo.  
Sonríe dichosa la pareja y el pequeño toca suavemente  
el hombro de cristal y palpita el seno tibio,  
por la leche colmada, el seno tibio de la recién casada.  
“Tiemblo, amado, de ver que se parece al abuelo nuestro niño.  
Mira su porfía y su vista altiva y cómo coge los higos;  
¡ay!, distingo hasta los rasgos de tu feroz progenitor.  
Y ¿dónde, mi Dios, se encontrará en este instante sagrado?”

---

<sup>25</sup> *Ibidem*, XV, 1019-1041.

## Miguel Castillo Didier, Nausícaa y Calipso (la Odisea en la Odisea)

Y el abuelo-de-mil-viajes, allá lejos, a esa misma hora,  
levantaba sus pies ardientes y destruía el juego:  
“¡Vergüenza! Creo que ya no soy infante, ¡pero los juego  
/me devoran!<sup>26</sup>

La Nausícaa homérica ha cambiado radicalmente. Verdad es que se elogia brevemente su belleza, su “hombro de cristal”; verdad es que recuerda a Ulises, pero lo recuerda con temor, como “el feroz progenitor” de su esposo; y tiene miedo de que su hijo se parezca a su abuelo. En el otro pasaje en que se nombra a Nausícaa como “la reina”, y que es posterior dentro del poema, rapsodia XV, es Telémaco quien expresa temor a su padre.

Un recuerdo sólo indirecto podríamos ver en las menciones del nieto que aparecen en otras dos visiones de la isla que vienen a la mente a Odiseo. Una de ellas, cuando se debate entre la vida y la muerte, herido y prisionero del faraón, en Egipto, luego del fracaso de la revolución a la que se ha unido. Está semi inconsciente y en un momento:

Su isla celeste como una nube pasaba sobre él;  
estaba amaneciendo; el astro del alba se diluía al sol.  
A lo lejos divisa a su hijo que va subiendo a cazar:  
sus perros blancos husmearon una liebre y el joven se detuvo;  
¡ah, cómo perfuma la yerbabuena en las sierras, como susurra  
/ el helecho  
y cómo se despiertan las perdices-de-las-piedras y el mundo  
/ cómo trina!  
Y sobre un mirador una mujer tres-veces-noble  
no contempla la mar más allá, las colinas escudriña;  
y se acerca su vieja nodriza y están llenas de higos  
/ negros frescos  
envueltos en hojas de parra sus dos manos;  
se vuelve la reina y gozosa elige el más hermoso:  
- Nodriza, bueno está este año, y se endulzarán  
mis labios con los higos y mi seno con un nieto.  
Dijo, y gozó el albísimo cuello el fruto de miel.  
Ríe y se embruma la isla pequeña como un nimbo al viento,

---

<sup>26</sup> *Ibidem*, XII, 651677.

en hebras y hebras cae y se pierde en la mente del arquero<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> *Ibíd.*, X, 333-347.

## Calipso y la inmortalidad rechazada

De las tres figuras femeninas, que representan las tres grandes tentaciones que asaltan a Odiseo durante la década de su viaje de regreso a Itaca, quizás sea Calipso la más misteriosa. La estadía del peregrino en los dominios de la ninfa ocupa los dos tercios de aquellos diez años. Encontramos su nombre desde los primeros versos de la *Odisea*, cuando Homero, después de referirse a algunos de los infortunios del héroe y sus compañeros, nos informa de la situación de éste, ya sin acompañantes, contrastando su suerte con la de otros guerreros que habían logrado retornar desde Troya hasta sus tierras:

Cuanto antes habían esquivado la abrupta ruina,  
en sus casas estaban a salvo del mar y de la guerra;  
sólo a él, que añoraba en dolor su mujer y sus lares,  
reteníale la augusta Calipso, divina entre las diosas,  
en sus cóncavas grutas, ansiosa de hacerlo su esposo<sup>28</sup>.

La circunstancia de la imposibilidad de Odiseo de salir de la isla de Ogiya y el hecho de que Calipso lo retenía allí contra su voluntad, son expuestos por Atenea a los dioses, reunidos en torno a Zeus, en la rapsodia V:

Referíales Atena las penas sin cuento de Ulises  
con dolor de que aún le guardase la ninfa en sus casas:  
[...] No queda entre todas  
esas gentes que tuvo en su reino, por él gobernadas  
con paterna bondad, quien se acuerde de Ulises divino.  
Allí yace en la isla penando de recios dolores  
y en sus casas lo guarda por fuerza la ninfa Calipso  
sin que pueda partirse al país de sus padres a falta  
de bajeles con remos y amigos que ayuden su ruta  
por la espalda anchurosa del mar<sup>29</sup>.

Pareciera que en la isla de Calipso Odiseo hubiera alcanzado la mayor felicidad a que un varón ya maduro pudiera aspirar. Tranquilidad, ocio, amor, cuidados de una bella deidad en un paisaje paradisíaco, posibilidad de llegar a

---

<sup>28</sup> Homero: *Odisea*, I, 11-15.

<sup>29</sup> *Ibíd.*, V, 5-6 y 10-17.

ser inmortal y prolongar así la felicidad para siempre. La gruta, el bosque y el jardín que rodean a aquella y que el poeta describe con elocuencia, son tan hermosos que "hasta un dios que su hubiera acercado a aquel sitio / quedaríase suspenso a su vista, gozando en su pecho"<sup>30</sup>. Hay quien ha llegado a anotar semejanzas entre la isla de Ogigia y el Elíseo, lugar de felicidad sin fin, como William S. Anderson en *Calypso and Elysium*<sup>31</sup>. Pero Odiseo hace tiempo que no goza de todo eso. Cuando Hermes llegar al lugar para notificar a la ninfa de la orden divina de dejar ir a Ulises, la encuentra sola. Odiseo, como tantas otras veces, estaba añorando su tierra a orillas del mar:

El magnánimo Ulises no estaba con ella: seguía  
como siempre en sus lloros, sentado en los altos cantiles,  
destrozando su alma en dolores, gemidos y llanto  
que caía de sus ojos atentos al mar infecundo.

Cuando el enviado de los dioses entrega su mensaje, Calipso reacciona con enojo, acusando de envidiosos "a los sañudos dioses", pues no pueden sufrir que las diosas yazgan "abierta y lealmente con mortales si alguno les place de esposo". Y resume lo que ha hecho por Odiseo, reconociéndolo desde la extrema desgracia. Pero expresa finalmente que obedecerá la orden y, aunque no tiene naves, le dará consejos y ayuda:

De este modo ahora a mí me envidiáis el amor de ese hombre  
que yo misma salvé cuando erraba a horcajadas  
sobre un leño, pues Zeus con el rayo fulgente le había  
destrozado el ligero bajel en mitad del purpúreo  
oceano<sup>32</sup>; perdidos sus buenos amigos, a él, solo  
solo arrastrado a estas playas trajeron las olas y el viento;  
yo acogida y sustento le di y entre mí meditaba  
el hacerlo inmortal, de vejez eximirlo por siempre<sup>33</sup>.

La ninfa a buscar a Ulises para comunicarle las nuevas. Y lo encuentra, como tantas veces antes, llorando a la orilla del mar. Le anuncia su

---

<sup>30</sup> *Ibidem*, 63-74).

<sup>31</sup> Cit. por O. G. Ramos, *Op. cit.*, p. 100.

<sup>32</sup> La acentuación irregular de esta palabra constituye una licencia tomada por el traductor por razones de métrica.

<sup>33</sup> *Ibidem*, 129-145.

## Miguel Castillo Didier, Nausícaa y Calipso (la Odisea en la Odisea)

ayuda para armar y equipar una balsa. Odiseo no le cree al comienzo y ella debe asegurar que dice verdad. Luego lo lleva a su gruta y le sirve espléndida cena. Al final, habla la diosa y lo recrimina por su elección de destino, advirtiéndole sobre los males que deberá sufrir como mortal, después de rechazar la inmortalidad. No deja de comparar su belleza con la de Penélope:

¡Oh Laertiada, retoño de Zeus, Ulises mañero!  
¿De verdad tienes prisa en partirte al país de tus padres  
y volver a tu hogar? Marcha, pues, pese a todo en buen hora;  
mas si ver en tu mente pudieses los males que antes  
de encontrarte en tu patria te hará soportar el destino,  
seguirías a mi lado guardando conmigo estas casas,  
inmortal para siempre, por mucho que estés deseando  
ver de nuevo a la esposa en que piensas un día tras otro.  
Comparada con ella, de cierto, inferior no me hallo  
ni en presencia ni en cuerpo, que nunca mujeres mortales  
en belleza ni en talle igualarse han podido a las diosas<sup>34</sup>.

Ulises, humildemente, reconoce que la ninfa es superior a su esposa Penélope, ya que ésta es mujer y mortal y Calipso ni envejece ni muere:

Mas con todo esto yo quiero, y es ansia de todos mis días,  
el llegar a mi casa y gozar de la luz del regreso.  
Si algún dios me acosare de nuevo en las olas vinosas,  
lo sabré soportar; sufridora es el alma que llevo  
en mi entraña; mil penas y esfuerzos dejé ya arrojados  
en la guerra y el mar: denle colmo esos otros ahora<sup>35</sup>.

Es la afirmación rotunda de su razón de vivir, de su misión inalterable: volver a la tierra patria y el hogar.

Durante los cuatro días que dura la construcción de la balsa, Calipso ayuda lealmente. Acopia luego la embarcación con manjares agua y vino. Baña a Odiseo; lo viste con ropas perfumadas y hasta envía "una brisa de popa templada y suave".

No hay despedidas ni tristezas ni lágrimas de separación...

---

<sup>34</sup> *Ibíd*em, 203-214.

<sup>35</sup> *Ibíd*em, 219-234.

En el poema de Oscar Gerardo Ramos, Odiseo, ahora anciano y solo, pues ha muerto Penélope, recuerda así el "episodio", de siete años, de Calipso:

Ya estoy aquí en mi patria, la que lloré en los brazos  
de Calipso. No pudo vencer ella a Penélope,  
y me ofreció que haría mis huesos inmortales  
para amarla en su lecho de besos y de sándalo.  
Dolía entre mi triste soledad su hermosura.  
Y preferí ser sólo mortal, pero ser hombre<sup>36</sup>.

El último verso encierra la esencia del "cuento" de Calipso: la paradoja de no aceptar un hombre lo que todos los hombres ansiarían. Es la misma decisión que destaca, expresándola en dos sonetos un poeta cretense, como Kazantzakis, Lefteris Alexíu<sup>37</sup>. En el primero, además del elogio de la belleza de la ninfa, está presente el "antiguo recuerdo", el llamado del mar y las gaviotas. Prefiere "el incierto destino" del mortal, pues la inmortalidad se le hace servidumbre:

*Ulises así habló a Calipso cuando decidió abandonarla*

Nieve semeja en el velado atardecer  
tu cuerpo diáfano. Con ardor envolvente  
igual que de reptil, el amor serpentino  
cual brazo firme estrechada mi cintura.

El grillo que no calla de tu beso  
y tu mirar me hicieron inmortal.  
Nada veo ni escucho. Como abejas  
el antiguo recuerdo me circunda.

---

<sup>36</sup> El poema de Ramos no tiene título. En el capítulo "La vejez de Odiseo" de su ya citado libro *La Odisea Un itinerario humano*, coloca su poema al final, pp. 163-166, después de imaginar que el héroe, anciano ya, cuando muchos personajes han muerto, el viejo héroe relata a Femio sus peripecias. Así, es él el primer cantor de su propia vida y su relato llegará más tarde a ser insertado por un poeta itacense, Homero, en la epopeya.

<sup>37</sup> Lefteris Alexíu (1890-1964), intelectual y poeta, miembro de una ilustre familia de intelectuales y escritores de Creta, hermano de Galatea Kazantzakis, escritora, primera esposa del autor de la *Odisea*.

## Miguel Castillo Didier, Nausícaa y Calipso (la Odisea en la Odisea)

Me llaman las gaviotas. Clama el ponto.  
Tiembla la espuma en mis párpados húmedos,  
y la inmortalidad me es servidumbre.

Dame otra vez el incierto destino;  
que me lleve la libre fantasía  
en un madero por la mar salada.

En este segundo soneto, hay un elogio de la maravillosa hermosura de la diosa. Pero el llamado de la sangre mortal es muy fuerte, pese a que la inmortalidad la quiere helar. El destino del mortal está hasta en la raíz de los huesos de Odiseo. El último verso resulta lapidario - paradójico para la mayoría de los hombres: Ulises quiere librarse de la red de Calipso "para vivir, para luchar, para morir".

### *Odiseo a Calipso*

Tu cuerpo resplandece como un templo  
en la roca enhiesto y blanco cual la nieve.  
Y tus peplos sólo al pasar los tiempos  
los mueven, como las brisas a los mares.

Mas dentro de mí sangre mortal corre,  
que queman pasión antigua, odio y dolores;  
y la hiela la inmortalidad que impones  
y quedo aferrado a tu pétreo costado.

Quiero partir. De la muerte el destino  
está en mis huesos muy enraizada.  
Me hala desde la puerta del Olimpo

la vida del humano la mil-veces-amarga.  
Líbrame ya de tu engañosa red,  
para vivir, para luchar, para morir.

El pasaje sobre el encuentro de Odiseo con Calipso, su convivencia y la separación, abarca en el poema homérico los primeros 176 versos de la quinta rapsodia. Es el poeta quien lo narra; no Odiseo. En el poema de

Kazantzakis, es Ulises quien relata sus penurias a su familia en la segunda rapsodia, y en esa relación los versos dedicados a esa "tentación" son 121.

¿Qué representa la figura de Calipso en ambos poemas? Para algunos, ella representa la "tentación del mediodía" de la vida del varón errante. O la ilusión, "el engaño de que por siempre " podría durar "el voluptuoso abrazo", el placer total. Pero parece más claro que lo esencial en lo que le ofrece Calipso a Odiseo no es tanto su belleza y sensualidad como la posibilidad de convertirlo en inmortal. Es, paradójicamente, la tentación que responde al anhelo más profundo del ser humano, frente a la inexorable realidad de su finitud; el anhelo que lleva a la mayoría a imaginar un mundo *post mortem* de eterna paz y felicidad.

En el poema de Kazantzakis, Odiseo relata su encuentro con la diosa y habla del placer a que se entregaban ambos durante largo tiempo, años y meses al parecer, mientras "en el cielo vacío se perdían los días y las noches":

Tres fueron las formas más letales que la muerte adoptara  
para turbar mi mente y arrebatar mis armas.  
El fresco antro de Calipso, donde llegó como hembra seductora  
sonriendo y se enrolló apegada a mis rodillas.  
Y temeroso, yo a la inmortal en mis manos mortales estrechaba  
como un ensueño dulce en la playa arenosa.  
En una vasija de oro cada tarde la rubia diosa me lavaba  
el lodo de los pies con agua cristalina para que no mancharan  
las mantas tejidas-en-plata de su lecho nupcial;  
y yo reía gozoso al ver los pies con cieno del humano  
entremezclarse con las piernas incorruptibles de la diosa.  
Por vez primera sentí el goce del cuerpo cual espíritu;  
tierra y cielo se unían en la playa, y en mi interior  
/ con honda dicha  
percibía cómo mis entrañas se transformaban en alas.  
Giraba el cielo desde los cimientos junto a nuestra labor,  
y se apagaban los astros en el piélago y otros riendo  
/ se encendían;  
y nosotros, igual que dos luciérnagas, brillábamos unidos  
/ en la arena<sup>38</sup>.

---

<sup>38</sup> N. Kazantzakis: *Odisea*, II, 76-92.

## Miguel Castillo Didier, Nausícaa y Calipso (la Odisea en la Odisea)

Pero en esa vida de placer sin preocupaciones, hay un momento en que Odiseo empieza a percibir su transformación en inmortal y esto lo llena de terror:

Y un atardecer, mientras tenía a la inmortal apretada entre  
/ mis brazos,  
percibí de repente, mudo de terror, que dentro de mí el dios  
extendía sus tentáculos y pretendía ahogar mi corazón.  
Como un sueño parecióme la vida, como una fábula el mundo,  
y el alma entera difundíase en espirales de humo entre la brisa.  
En lo que dura un relámpago nacían y brillaban y desaparecían  
en mi cabeza fatigada las deidades, y otras ascendían  
/ como nimbos;  
y algunas gotas esparcíanse sobre mi ardiente espíritu.  
Solamente tornaban aún a la vida mis ensueños nocturnos;  
silentes se arrastraban cual serpientes manchadas y lamían  
/ mis párpados  
y en mi mente se abrían mares de madreperlas,  
áureos peces me espiaban tristemente entre las aguas densas  
y voces dulcísimas subían desde el abismo azulado.  
Se aguzan y alargan el cuerpo y las plantas de los pies;  
rizada gorgona la cabeza navega por encima de las olas,  
y en el extremo se muestra el lucero matutino que señala  
/ la senda.  
Toda la noche avanzaba el cuerpo mío, bajel pirata,  
/ y se embargaban  
mis entrañas con el dulce perfume del mundo terreno<sup>39</sup>.

Pero esos restos del mundo terreno que los sueños todavía conservaban terminan por borrarse del todo. El corazón de Ulises deja de recordar, de sufrir, de preocuparse por las penalidades de los humanos, pierde la memoria de lo terrenal. Se detiene "cadáver en serenidad divina", y

en su interior se suavizaron y aliviaron los sufrimientos  
/ del hombre,  
se sumergió la tierra patria fulgurando en los abismos del olvido  
y cual un juego de luz y nube se agitaban en el viento,

---

<sup>39</sup> *Ibíd.*, 107-124.

se unían, se separaban, se borraban el hijo, el padre, la mujer;  
subía el dios como la muerte y devastaba las entrañas.  
Sin dolor, sin sonrisa, enmudecido, pisaba los roqueríos  
y ya mi cuerpo, transparente, sobre la tierra sombra no arrojaba;  
y entre mis pies, sin temor, raudos pasaban los petreles:  
diríase que un numen invisible paseaba por la playa<sup>40</sup>.

¿Cómo va a salir Ulises de este estado nuevo en que se está metamorfoseando su condición humana? No hay, como en los tiempos homéricos, ni dioses ni mensajes ni mandatos de éstos para que Calipso lo deje ir y quizás ya su transformación sea irreversible. Un objeto material, un humilde trozo de madera, un resto de remo, será lo que haga despertar su memoria y su voluntad humanas:

Pero una mañana tropecé entre los guijos desiertos  
con un despojo alargado que acaso dejó en seco por la noche  
/ la mar.

Levantélo lentamente y traté de recordar qué cosa fuera:  
hueso de un pez monstruoso, para de un ave gigantesca,  
rama de un árbol del ponto, cayado de algún genio marino.  
Mas, poco a poco fue amaneciendo en mi espíritu y  
/ me doy cuenta  
que un remo largo, muy amado, en mis desfallecientes  
/ manos sostenía.

Y mientras con suavidad lo acariciaba, los ojos nublados  
/ se aclararon:

Al extremo del remo diviso la negra mano que lo manejaba,  
veo una quilla espumeante y la vela sobre un alto mástil.  
Vinieron en multitud los viejos compañeros con sus brazos  
/ tostados;  
vino también el mar y me golpeó y vaciló mi entendimiento,  
y de dónde partieron recordé y dónde ellos anhelan que yo vaya.  
¡Ay! Era yo también un hombre ardiente y mi corazón bailaba  
y poseía patria, un hijo y una esposa y un navío veloz,  
pero, ¡ah!, naufragué donde la diosa y mi alma se desvaneció.  
Me estremecí; siento el peligro de llegar a ser un dios,  
sin un corazón cambiante, sin alegría y sin dolor de humano;

---

<sup>40</sup> *Ibíd.*, 128-136.

## Miguel Castillo Didier, Nausícaa y Calipso (la Odisea en la Odisea)

me inclino y hundo en el agua mi rostro debilitado;  
mojo mis párpados marchitos para que se reanimen,  
huelo las algas de la playa y mis sienas se abrieron;  
y luz, agua, fuego y tierra mi cabeza desbordó.

De la toma de conciencia a la decisión no hay lapso alguno. Por propia e inmediata iniciativa, Ulises comienza velozmente a construir una balsa, pero sin la ayuda ni los consejo de Calipso (que sí tiene en la *Odisea* homérica).

Agitóse la sangre, las grandes venas deshéláronse;  
y al punto cojo la afilada segur y me interno en el bosque.  
Derribo árboles, los elijo y cuarteo y me escojo un ciprés;  
dispongo los tablajes y los remos y elevo el mástil  
y me regocijaba debastando los troncos y veloces pies  
/ y manos tallan.

y espinazo y cabeza y pecho:  
todo mi cuerpo derruido por los dioses lo edificaba de nuevo.  
Y cuando entero ya mi cuerpo, popa y proa se extendieron,  
y el peplo azul de la diosa estiré como vela maestra,  
tú, mi balsa recién hecha, cual-golondrina-aleteaste, igual  
/ mi corazón<sup>41</sup>.

Y Odiseo se lanza de inmediato al mar. Pero aquí no hay la despedida del poema homérico. El marino expresa amor por Calipso y habla de lágrimas de la separación. Mientras Ulises parte, sin avisar a la ninfa, ella canta (también en Homero canta, pero en otros momentos), y justamente ahora siente que se ha empezado a humanizarse, que su corazón late, que sus pechos no son marmóreos y que de leche sus venas se desbordan. Su canto parecerá desgarrador para el que se marcha navegando.

¡Ah, qué alegría desplegar de repente al contraviento  
las velas todas y decir el adiós a la amada!  
"Mucho te quiero y amo, amada mía, pero déjame primero  
subir a mi navío, desplegar mi velamen,  
y empuñar con una mano el gobernalle hacia la mar abierta  
y enjugar con la otra las lágrimas de la separación".

---

<sup>41</sup> *Ibidem*, 159-178.

En perfumes bañada, allá lejos en la fuente, en el agua sagrada  
/ del manantial  
peinaba la deidad sus cabellos inmortales y cantaba:  
"¡Por primera vez siento mis marmóreos pechos, amado mío;  
se han entibiado en tu cálido pecho mortal;  
dejó de ser piedra mi espíritu, late el corazón, tiemblan  
/ mis rodillas;  
me estoy volviendo mujer y mis venas de leche se desbordan;  
río y sostengo en mi regazo al mundo terreno como a un hijo!"<sup>42</sup>

El llanto es propio del ser humano, al igual que la muerte. Los dioses, si existen, son inmortales y no lloran, pues no sufren, aunque tienen pasiones humanas como la ira, la envidia, el amor. El llanto marcará la vuelta a la condición humana, tanto cuando Ulises se libera de la tentación de ser inmortal como cuando se libra de su descenso a la calidad animal.

El llanto al sentir de nuevo al hijo, la esposa, la tierra patria, la realidad terrena, reemplaza a aquellas "lágrimas de la separación", especie de contagio humano en el mundo de la divinidad que no las conoce.

Rompe la piedra su canto; se parte mi corazón:  
"¡Calla, corazón mío; ya lo sé, pero mi espíritu hacia otro lugar  
/ apunta!"  
Y cuando avanzaba, ya lejos, como saeta, en la ola  
/ de-espumoso-seno,  
y el dolorido canto se perdió en la bruma del crepúsculo,  
poco a poco la balsa se puso más pesada y se ladea;  
las sombras la aplastaban; de mujer, de hijo, de patria se cargó,  
y libre dejé a mi corazón conducirse a su agrado:  
¡y éste estalló en llanto y otra vez se volvió humano!"<sup>43</sup>

Más tarde, después de este relato, cuando ya Odiseo ha dejado Itaca para siempre, ha navegado y ha desembarcado en el Peloponeso y comienza su camino hacia Esparta, en un momento mira un obsequio que quiere entregar a Helena. Es un regalo que le hizo Calipso: un boj muy fino de marfil, dentro del cual hay un cristal milagroso por donde desfilan en imágenes todas las cosas del mundo, incluidas las futuras.

---

<sup>42</sup> *Ibíd.*, 169-181.

<sup>43</sup> *Ibíd.*, 182-189.

## Miguel Castillo Didier, Nausícaa y Calipso (la Odisea en la Odisea)

En su interior, destellaba un cristal milagroso, como un ojo,  
y todos los países y los mares pasaban por sus aguas.  
Destejábanse las casas una a una y mostraban sus vergüenzas,  
y las cabezas, abiertas, transparentes, como nenúfares subían  
hasta el cristalino, y los pensamientos ocultos todos circulaban,  
igual que peces dorados en acuario de cristal.

Se agitaban cual fantasmas los ejércitos en los confines

/ del mundo

y ascendían de la orilla de la mar reinos como si fuesen nubes  
y luego se disgregaban y volvían a ascender siempre agitándose,  
como si todo el vivir del hombre malhadado y de la tierra  
fuera un pequeño juego de luz, de aire brumoso y de agua<sup>44</sup>.

Entonces Odiseo recuerda a Calipso, la diosa que se lo dio y cómo en los siete años que con ella estuvo, él miraba las aguas del cristal y veía desvanecerse su patria, su padre, su mujer, su hijo, sin que su alma se turbara, pues se estaba convirtiendo en divinidad:

Este iris divinal le dio como recuerdo en la

/ y bella noche

cuando se unieron en el antro dulcemente con Calipso,

/ aquella diosa

y siete años veloces cual centellas, lo conservaba y lo veía.  
Contemplaba a su patria, al hijo, al padre, a la mujer,  
y a sus bienes desvanecerse allá en las baldosas de su patio,  
y no admitía - cual deidad - que su alma se conturbara<sup>45</sup>.

---

<sup>44</sup> La descripción del cristal en el cual todo se ve simultáneamente acaso recuerde en alguna medida al Aleph y el intento borgiano de expresar en palabras la visión simultánea del todo: "Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América..." J. L. Borges: "El Aleph", *El Aleph*, Alianza/Emecé, Madrid, 1988.

<sup>45</sup> *Odisea*, III, 601-611 y 612-617.